

NOTAS DOCENTES

DEL EXTRANJERO

Esquema de la organización escolar en Egipto

LOS EXÁMENES.—La «Liga de Pedagogía Moderna» que reunió a los más famosos pedagogos y profesores egipcios, ha decidido estudiar la cuestión de los exámenes, siguiendo criterios modernos científicos con la esperanza de poder alcanzar un mejoramiento de los métodos, de tal forma que el examen sea un instrumento apto para determinar las capacidades individuales de los estudiantes. La Liga de Pedagogía Moderna terminó sus trabajos con una conferencia pronunciada en El Cairo por el vicedirector de la Liga, profesor Ismael al Kabbani. La importancia de esta conferencia ha sido extraordinaria. Tenía por título *Los exámenes en la Historia; diversas especies, ventajas y defectos y fines a que tienden.*

En Egipto existieron exámenes desde los tiempos más remotos. Actualmente se conservan pruebas de exámenes y opúsculos faraónicos que se conservan en el Ministerio de Instrucción Pública de Egipto. Estos documentos se remontan a 3.000 años antes de Jesucristo, y llevan al margen las correcciones del profesor y los votos asignados al estudiante. Por estos preciosos documentos se ha llegado a conocer lo que aprendía, leía y escribía el estudiante, y los métodos seguidos en los diversos grados de enseñanza y los exámenes que les eran impuestos. En el examen final, el profesor examinaba al estudiante pidiéndole que transcri-

biese trozos elegidos entre los escritores egipcios más famosos; escritores religiosos, poetas, narradores o filósofos, y, basándose en el texto escogido, el profesor conocía las tendencias del alumno. Otro examen consistía en un intercambio de cartas entre el profesor y el estudiante. Particular atención tenía el examen oral, teórico y práctico, sobre la formación moral del joven, y esto se alcanzaba pidiendo al alumno que recitase en el examen proverbios o sentencias debidas a los faraones más sabios. Así se trataba en los exámenes de establecer la capacidad del alumno para la profesión a la cual sería destinado. Si el escolar prefería ser escribano, el examen se basaba en el conocimiento de la lengua y matemáticas. Pero si el estudiante elegía el ejercicio de las armas, y aspiraba al grado de oficial en el ejército, debía inscribirse en la escuela de guerra, y la prueba de su capacidad en el examen consistía en haber participado con bravura en una guerra o haber matado bandidos y criminales o haber salvado a náufragos.

En cuanto a los que deseaban ser dignatarios del culto faraónico, debían frecuentar una de las escuelas anejas a los templos de las diversas divinidades, donde se aprendía la Teología y la Metafísica, según las antiguas creencias.

En China, hasta un tiempo no muy remoto, los chinos no daban una educación militar a sus hijos. Su ideal era que pudiesen aprobar los exámenes que permitían a ellos asumir funciones estatales después de haber cumplido el estudio de la Literatura china, que adquiere su esencia en las teorías de Confucio, el de la historia nacional y el de las costumbres de los chinos antiguos.

Los exámenes se desarrollaban con particular seriedad, y la pena de muerte era impuesta a quien trataba de ayudar ilegalmente a un estudiante. Así que la ceremonia, y las formalidades requeridas para los exámenes, revestían extraordinaria precisión y severidad.

Al comienzo de los exámenes, llegaba, desde Pekín a las provincias, un enviado imperial llamado «El gran Examinador», y permanecía aislado de todos los candidatos. Al alba del día fijado para los exámenes, los candidatos se reunían en el puesto donde

habían de desarrollarse, y cada uno tenía su correspondiente carnet. Después entraban en la sala de exámenes, se cerraba la puerta y no se abría hasta el final de las pruebas. A estos candidatos, en vista de la seriedad de los exámenes, se les confiaban los mayores empleos del Estado.

La mayoría de los pedagogos modernos está acorde en reconocer que el examen es una institución antigua e indispensable, y la experiencia ha probado su utilidad para poder juzgar de las capacidades individuales. En cuanto a los que sostienen la inutilidad del examen y lo juzgan como una vieja institución incapaz de apreciar los valores individuales, ellos no nos cuentan el método ideal o el camino recto que debemos preferir al del examen, y se limitan a sacarle defectos.

* * *

Como es sabido, los exámenes son de dos clases: orales y escritos. La razón de esta subdivisión consiste en el hecho de que hay materias, como la lengua, la caligrafía o el dibujo, que no pueden estar sujetas respectivamente a una prueba escrita u oral. Por otra parte, el examen escrito es el mejor medio para infundir en los jóvenes la confianza en sí mismos, la costumbre de la precisión y de la reflexión, ya que se requiere de ellos considerar, en los detalles y en el conjunto, el tema propuesto con el motivo de exponerlo con precisión, corrección y de modo unitario. Todo esto no permite juzgar completamente al candidato. Existen dotes morales, intelectuales y espirituales que solamente puede manifestar un examen oral, como, por ejemplo, la educación, la tendencia a la acción, el amor al estudio, la rapidez de inteligencia...

Se ve que los exámenes orales y escritos son complementarios los unos de los otros, y que no se puede renunciar a ninguno de ellos.

Se proclama que los exámenes orales no llevan a resultados precisos por el cansancio, que agota al examinador después de algún tiempo de actividad, y por la indiferencia que sigue a las primeras horas de actividad y de interés, y, además, la falta de

tiempo que permita al examinador reflexionar sobre las preguntas hechas por él. Con ese tiempo preciso el examinador podía recapacitar sobre sus preguntas y no repetirlas a los diversos candidatos.

En cuanto al examen escrito es objeto de violentísimos ataques, porque se sostiene que permite el éxito de estudiantes que no lo merecen y condena al suspenso a jóvenes que durante el curso han demostrado una gran inteligencia y capacidad.

Se distinguen tres categorías o especies de exámenes: generales, escolásticos y concursos.

Los exámenes generales tienen lugar anualmente, después de haber cumplido un determinado tiempo de estudio, y por medio de ellos se dan certificados de estudios a estudiantes que han alcanzado un cierto grado de cultura. Son exámenes de capacidad, que permiten establecer o el género de estudios o profesiones más a propósito a los candidatos o el grado de preparación que ha alcanzado en un determinado campo de estudios, y se dividen en tres clases: clásicos, científicos y matemáticos. Los candidatos que han surgido en la primera serie, son admitidos en la Facultad de Leyes o de Letras; los que han sobresalido en Ciencias, son admitidos en las Facultades de Ciencias, Medicina o Agricultura, y los que pertenecen al tercer grupo, son admitidos en las Escuelas de Ingenieros, Escuela de Comercio o Ciencias Exactas.

Los exámenes escolásticos, son pruebas impuestas por la Administración escolar en determinados períodos, y al fin del año escolar, con objeto de juzgar la actividad desenvuelta por los alumnos y por los profesores, y permiten el paso del alumno de una clase a otra. Hay pruebas orales y escritas, mensuales o semanales, impuestas por el profesor en la materia de su competencia, con el fin de una revisión de las lecciones explicadas por él, tratando de que los alumnos respondan con prontitud a las preguntas dirigidas y promoviendo una sana emulación.

En cuanto a los concursos, dirigidos a escoger un determinado número de candidatos entre los de la promoción, no es aconsejable su introducción en las escuelas, porque perjudica seriamente la educación de los jóvenes, ya que suscita la envidia y el

desprecio del estudio al crear la desesperación en el ánimo de los candidatos no aprobados.

Los concursos son de gran utilidad fuera de la escuela, como medio adoptado por el Estado o Sociedades científicas, literarias, para escoger los mejores elementos y más disciplinados, particularmente útiles al bienestar de la Nación.

* * *

La naturaleza de los exámenes varía, respectivamente, según los fines que se propongan.

Es erróneo, por ejemplo, unir los exámenes finales de la enseñanza primaria —Ibtidai—, con los de admisión a la segunda enseñanza —Thanavia—; porque no todos los que terminan estudios primarios tienen los requisitos necesarios para el logro de estudios de segunda enseñanza, de la misma manera que no todos los que han cursado la segunda enseñanza tienen una formación intelectual suficiente que les permita afrontar con aprovechamiento los estudios universitarios. En efecto, en los exámenes finales se trata de determinar el grado de preparación alcanzado en un ciclo de estudios realizado por el candidato, mientras que en los exámenes de admisión, nuestra atención debe estar dirigida a descubrir las cualidades intelectuales, y, sobre todo, las dotes naturales que garanticen al candidato su éxito en un nuevo ciclo de estudios.

El profesor Kabbani ha dado numerosos ejemplos, escogidos entre los temas propuestos a los candidatos de diversas categorías, en los exámenes escritos generales. Citamos los siguientes:

1º Hablar de la digestión y de la asimilación.—Examen para obtener el certificado de estudios primarios (Ibtidai). Año 1934.

2º Biografía de Rifaat Bey y su influencia en la enseñanza de Egipto.—Certificado de enseñanza segunda (Thanavia), sección general 1937.

3º Describir el río Subato, indicar sus confines geográficos y las ciudades importantes que baña. Calcular la zona terrestre y hablar de su vegetación. Explicar la importancia terrestre de

este río en comparación con el Nilo.—Certificado de segunda enseñanza, sección general 1938.

4º Hablar de las leyes de Boyle, explicando una de las experiencias que la prueban. Describir el Hidrómetro, modos de graduación y uso.—Certificado de segunda enseñanza, sección general 1938.

5º Explicar la teoría del ideal, según Platón.—Certificado de segunda enseñanza, sección especial 1930.

6º Calcular el sistema respiratorio de los animales vertebrados, en todos sus grados, con dibujos descriptivos.—Certificado de estudios medios, sección especial 1930.

Estos temas no permiten apreciar la inteligencia, ni tampoco pueden medir el valor de la enseñanza escolar, porque los conocimientos no llegan a ser ciencia o cultura propiamente dicha sino después de su asimilación; esto es, si no llegan a formar un todo con la materia gris del cerebro que los absorbe. El defecto más grave de la enseñanza en Egipto, consiste en que no se desarrolla la personalidad de los estudiantes, ni se les infunde la cualidad que les prepara a la lucha por la vida.

En efecto, las escuelas no hacen otra cosa que llenar la mente de los alumnos de lo que el profesor inglés llama *Whitehood*, o sea, ideas estériles; esto es, ideas que la inteligencia recibe simplemente sin usarlas o experimentarlas, y de esta manera se roba tiempo al alumno, tiempo que él podría emplear en lecturas, investigaciones personales, actividades sociales, trabajos manuales o ejercicios físicos.

Este fin, por el contrario, es el seguido en las escuelas alemanas, americanas e inglesas, donde la enseñanza ha alcanzado un grado mayor de perfeccionamiento.

La enseñanza en Egipto se refiere, particularmente, a los exámenes, perdiendo de esta manera cualidades científicas y tendiendo únicamente al desenvolvimiento de la memoria.

Además, este sistema aleja al alumno de la lectura. Cualquier cosa no comprendida en sus programas no puede interesarle.

Otro aspecto negativo del método usado en Egipto, consiste en el olvido que sigue al examen. Los ingleses y alemanes no forman

sus cuerpos de profesores por exámenes o concursos, sino con pruebas concretas de su capacidad científica, consistentes en sus investigaciones o en sus publicaciones.

Los exámenes generales constituyen el factor decisivo de la invariabilidad de la enseñanza, porque requieren la unificación de los programas y de los métodos, impidiendo, de esta manera, una justa adaptación de la escuela a las necesidades del ambiente local y su sincronización con las tendencias particulares de la sociedad, y, además, limitan las facultades de los profesores de escoger materias y métodos de enseñanza.

Sin embargo, a pesar de los defectos inherentes a la naturaleza de los exámenes, no podemos renunciar a ellos. La valoración de las dotes naturales del estudiante, no pueden determinar sino la fase intelectual de la personalidad humana. En cuanto a las tendencias o cualidades naturales, indispensables para el éxito en los estudios y en la vida práctica, como la confianza en sí mismo, la diligencia, el control personal, no son susceptibles de otra medida científica.